
INICIARSE COMO CATEQUISTA

Sabor de Dios

«Lo que aprendí durante el concilio Vaticano II es que la revelación implica que Dios mismo se ha comunicado a los seres humanos. Dios nos ha comunicado sus misterios más íntimos. Y nosotros jamás podremos explicar o expresar adecuadamente su revelación».

– Monseñor Ray LUCKER
National Catholic Reporter, 25 de mayo de 2001

**La catequesis
de toda
la comunidad**

**Iniciarse
como
catequista**

Hacia una catequesis por todos,
con todos y para todos

INICIARSE COMO CATEQUISTA

La formación de catequistas sigue siendo una tarea fundamental y prioritaria en la Iglesia actual.

La novedad de nuestro tiempo reclama un cambio importante en el comportamiento catequético que haga posible la transmisión del Evangelio en la actual situación cultural y social.

El catequista que la Iglesia necesita es una persona impregnada de ardor misionero, enraizada en su ambiente, sensible a los problemas de los hombres y mujeres de su tiempo y en búsqueda de las fuentes de la fe para alcanzar un mayor conocimiento de Jesucristo y del misterio de la Iglesia al servicio del Reino de Dios y del mundo.

Entonces Moisés se dijo: «Voy a acercarme para contemplar esta maravillosa visión, y ver por qué no se consume la zarza».

Cuando el Señor vio que se acercaba para mirar, le llamó desde la zarza: —¡Moisés! ¡Moisés! Él respondió: —Aquí estoy. Dios le dijo: —No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado (Éx 3, 1-5).

La vocación de Moisés ilumina el comienzo y el sentido de la vocación de todo catequista.

Estudiando el relato bíblico de la zarza ardiendo desde el campo de la catequesis, podemos aplicarlo a la vida del catequista y comprender así mejor algunos de los rasgos que, por ser comunes a toda vocación, clarifican de modo concreto la misión y la vocación específica del catequista.

Catequizar en nombre de la Iglesia

El rebaño que pastoreaba Moisés no era de su propiedad; él era un asalariado que debía conducirlo, alimentarlo y defenderlo con total fidelidad al amo a quien servía: *Moisés pastoreaba el rebaño de Jetró, su suegro, sacerdote de Madián.*

Del mismo modo, la catequesis no es algo personal que pertenezca como propiedad exclusiva al catequista. Pertenece a la Iglesia.

Ella es la que tiene la misión de evangelizar y la que ha confiado al catequista el cuidado de una parte del rebaño para que le ofrezca buenos alimentos y lo guíe por buenos caminos al encuentro del Señor.

Esta conciencia de ser «enviado» por la Iglesia debe presidir en todo momento la vida del catequista. Todo catequista es administrador de algo que le ha confiado la Iglesia como un don precioso recibido de las manos de su Esposo Jesucristo.

Don que servirá al catequista de gloria en el Reino definitivo y tarea de la que le pedirá cuenta Aquel que es el verdadero y el único Pastor de las ovejas.

Catequizar en medio de la dificultad

Moisés ha de recorrer un largo camino, a través de muchas dificultades, para poder llegar al monte del Señor: *Trashumando por el desierto llegó al Horeb, el monte de Dios, y allí se le apareció un ángel del Señor.*

Dios se vale de muchas circunstancias, favorables o adversas a los ojos humanos, para llamar al catequista a la misión de catequizar. Sin duda hay que reconocer en la historia personal de cada catequista la mano providente de Dios que obra con amor y seguridad en toda circunstancia. Unas veces aparece el camino espacioso y bello, y otras, oscuro, tortuoso y desértico.

La catequesis ha sido y sigue siendo, para la inmensa mayoría de los catequistas, un oasis de renovación de la propia fe y de la vida cristiana en el camino duro y difícil del mundo de hoy.

En la acción catequética Dios se va revelando progresivamente como Padre providente y Dios misericordioso que cuida de su pueblo con amor de Padre y lo conduce hacia él con mano poderosa.

Ir a la catequesis y permanecer en ella durante varios años, e incluso durante toda una vida, es para el catequista «subir al monte de Dios» como Moisés, una y otra vez, en medio de muchos trabajos.

Es acercarse adonde Dios se puede revelar y le puede enseñar el misterio profundo de su ser trinitario manifestado en el Hijo único, con la fuerza del Espíritu Santo.

La misión del catequista es acompañar pacientemente a otras personas para que suban con él al monte de Dios. Hacer de guía de otros hermanos supone que el catequista ha recorrido personalmente el camino de la fe hasta el encuentro con Dios y antes se ha dejado guiar, también él por otros hermanos en la fe.

El catequista ha de poder decir a los que catequiza: *mi fe es la fe de la Iglesia; yo me adhiero a lo que nosotros creemos* (CEC 185).

Descubrir la obra admirable de Dios

La sorpresa ante el misterio del Dios escondido es algo que embarga a Moisés y lo lleva a la búsqueda de un conocimiento más profundo.

La revelación del nombre de Dios se adelanta a su voluntad por pura gracia y lo trasciende: *Al fijarse, vio que la zarza estaba ardiendo pero no se consumía. Entonces Moisés se dijo: Voy a acercarme para contemplar esta maravillosa visión, y ver por qué no se consume la zarza.*

¡Qué pequeño es a veces el signo de la presencia de Dios! Pequeño y a la vez admirable e inefable. Hay que fijarse. Prestarle atención.

Abrir bien los ojos, pues un pequeño detalle encierra un don precioso. Por un pequeño signo, Dios se da a conocer. Dios tiene su propia pedagogía para hacer que el hombre lo entienda y para revelarle su intimidad.

Cualquier persona puede ser una sorpresa de Dios en nuestro camino catequético. Dios arde en el corazón de todos y en cada uno de los miembros del grupo de catequesis como una llama que no se consume.

Creada a su imagen y semejanza, en toda persona pervive la huella amorosa del Creador.

Por la gracia del bautismo, podemos contemplar, así mismo, la presencia viva de la Santísima Trinidad que inhabita en el corazón del cristiano. Dicha presencia podemos cantarla y proclamarla unidos a la alabanza de la Santísima Virgen María: *Proclama mi alma la grandeza del Señor...*

El descubrimiento de la acción de Dios en el hombre no se consume, esto es, nunca se llega a agotar el conocimiento profundo de la dignidad, grandeza y vocación a la santidad del hombre recreado en Cristo.

Siempre encontramos en la persona humana un mundo nuevo que descubrir. Cada día nos llena un poco más de sorpresa el misterio de la gracia. Cada sesión de catequesis es una bella aventura donde hallamos la presencia viva de Dios Padre que actúa en cada uno, por su Hijo Jesucristo, en el Espíritu Santo.

Escuchar la llamada personal de Dios

La vocación de Moisés tiene su origen en un llamamiento de Dios para confiarle una misión especial en su plan de salvación: *Cuando el Señor vio que se acercaba para mirar, le llamó desde la zarza: —¡Moisés! ¡Moisés!*

Dios nos conoce por nuestro nombre y nos llama de entre otros hermanos en la fe para encomendarnos la hermosa tarea de catequizar.

La llamada se manifiesta en un lugar concreto, en un momento concreto de nuestra historia y en circunstancias diversas por las que Dios manifiesta su voluntad para con nosotros.

Dios completa su revelación con la palabra cuando, atraídos por él desde lo más profundo de nuestro corazón, nuestros ojos se acercan movidos por la gracia de Dios para mirarlo.

Su presencia y su palabra nos atemorizan a causa de nuestra limitación humana y, a la vez, nos fortalecen porque transmite la gracia, el amor y la libertad que viene de Dios (cf. CF 48-51).

Ver y oír son dos caminos por los que nos acercamos a Dios y por los que se nos manifiesta.

La llamada personal se hace muchas veces patente y concreta en la invitación que nos hace el sacerdote a ser catequistas; en la toma de conciencia de la propia vocación cristiana descubierta en la oración; en el testimonio personal y propuesta valiente de otro catequista, e incluso en la necesidad de evangelización que descubrimos en los diversos destinatarios de la catequesis.

El catequista inicia en el camino de la fe al catequizando para que dirija su mirada a Dios y escuche su palabra. Enseña a mirar la vida con ojos de fe y a escuchar la palabra de Dios con un corazón de hijo.

Espabila al catequizando para que sea persona de mirada profunda y limpia y para que tenga oído fino para captar los acontecimientos de la vida ordinaria como lugar donde Dios se acerca para amarlo, comprenderlo y perdonarlo.

Responder a la llamada de Dios con prontitud

Nos sorprende en este pasaje bíblico la concisión y prontitud con que Moisés responde a la llamada de Dios.

Después vendrán para él las preguntas, los miedos, las indecisiones, las excusas... pero cuando Dios llama hay que responderle con prontitud: *él respondió: —Aquí estoy.*

La respuesta pronta y la disponibilidad son signo de verdadera vocación. Es también, por pura gracia de Dios, una de las virtudes de la que gozan la mayoría de los catequistas.

Responder prontamente a la voz de Dios sin medir las dificultades ni sopesar las limitaciones propias es fruto del impulso ardiente del Espíritu Santo. Es también un gesto valiente de la persona que se decide a arriesgar la vida por Cristo.

Como consecuencia de la vocación a «ser» catequista vendrá después el tiempo de la formación para desarrollar el «saber» y el «saber hacer». Primero es la vocación, la «llamada de Dios».

Después le sigue «la respuesta» generosa y decidida del que oye la voz. La llamada del Señor *específica del catequista tiene su raíz en la vocación común del pueblo de Dios llamado a trabajar al servicio del destino salvador del Padre. Brota de su bautismo* (CF 49).

Valorar la acción catequética en la Iglesia

Dios manda a Moisés respetar el lugar o ámbito donde él se hace presente. Ese respeto lleva consigo el reconocimiento de la limitación humana y de la pequeñez y, a la vez, pide al catequista hacer un acto de fe en el poder y en la misericordia de Dios que es el Santo que santifica: *Dios le dijo: No te acerques; quítate las sandalias, porque el lugar que pisas es sagrado.*

El pequeño grupo de catequesis es un espacio humano y eclesial donde vamos a ejercer nuestra misión de hacer de «madres» que cuidan y alimentan, para que la nueva vida engendrada en ellos por la fe y el bautismo se desarrolle y llegue a plenitud:

La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres (LG 65).

Jesucristo enseñó a sus discípulos a respetar, cuidar y amar a los niños.

A los que a los ojos del mundo no son nada, no cuentan para nadie: *Le presentaban unos niños para que los tocara; pero los discípulos les reñían. Mas Jesús, al ver esto, se enfadó y les dijo: «Dejen que los niños vengan a mí, no se lo impidan, porque de los que son como éstos es el Reino de Dios». En verdad les digo, quien no recibe el Reino de Dios como un niño, no entrará en él. Y después de abrazarlos, los bendecía poniendo las manos sobre ellos* (Mc 10,13-16).

Ellos son modelo de cómo hay que recibir el Reino de Dios. Para el catequista, el catequizando no es sólo alguien a quien hay que enseñar, sino también alguien de quien se puede aprender y ésta es, sin duda alguna, una de las más ricas experiencias de la vida de los catequistas: aprender constantemente de aquellos a los que catequiza



**EL DIRECTORIO GENERAL
PARA LA CATEQUESIS DICE...**

Lee con atención e interés la importancia que concede el Directorio al trabajo grupal. Afecta en gran manera al desarrollo de la persona tanto humana como espiritual:

El grupo tiene una función importante en los procesos de desarrollo de la persona.

Esto vale también para la catequesis: en la de los pequeños, porque favorece una buena socialización; en la de los jóvenes, porque el grupo es para ellos casi una necesidad vital en la formación de su personalidad; y en la de adultos, porque promueve un estilo de diálogo, de cooperación y de corresponsabilidad cristiana.

El catequista que participa en la vida del grupo y advierte y valora su dinámica reconoce y ejerce como cometido primario y específico el de ser, en nombre de la Iglesia, testigo del Evangelio, capaz de comunicar a los demás los frutos de su fe madura y de alentar con inteligencia la búsqueda común.

Además de ser un elemento de aprendizaje, el grupo cristiano está llamado a ser una experiencia de comunidad y una forma de participación en la vida eclesial, que encuentra en la más amplia comunidad eucarística su plena manifestación y su meta. Dice Jesús: «Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos» (Mt 18,20) (DGC 159).

6. LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO DE LA COMUNIÓN ECLESIAL

Al servicio de la comunión, encontramos en la Iglesia un instrumento que es, por excelencia, el instrumento para la construcción de la unidad eclesial: la Eucaristía, fuente y fuerza de comunión entre los miembros de la Iglesia.

Después de siglos en los que en la Iglesia ha prevalecido una visión estática, privatista y hasta individualista de la Eucaristía, el Concilio Vaticano II ha redescubierto la naturaleza radicalmente dinámica y comunitaria de este sacramento, verdadero «centro y cima de los sacramentos» (AG 9).

Existe un aforisma en los Padres de la Iglesia que pone de relieve la íntima relación que existe entre Eucaristía e Iglesia: «la Eucaristía hace la Iglesia, la Iglesia hace la Eucaristía».

* Efectivamente, la Iglesia se edifica, vive, crece y se desarrolla continuamente gracias a la Eucaristía (cf. LG 26; UR 15). En la Eucaristía somos convocados por la Palabra de Dios vivo, que no sólo nos congrega haciendo de nosotros un Pueblo «oyente de la Palabra», sino que nos ilumina y nos juzga, nos interpela y nos salva, nos cuestiona y nos llama continuamente a vivir en unidad, acrecentando en nosotros la fe.

En la Eucaristía, es invocado, en dos momentos solemnes, el Espíritu Santo, Espíritu de amor unitivo entre el Padre y el Hijo: es invocado, ante todo, para que santifique y transforme los dones que presentamos, «de manera que sean para nosotros, Cuerpo y Sangre de Jesucristo» (Plegaria eucarística II). Y es invocado una segunda vez, pidiendo humildemente «que el Espíritu Santo congregue en la unidad a cuantos participamos del Cuerpo y de la Sangre de Cristo» (ibíd.).

Aparece así la Eucaristía, gracias a la presencia y a la acción transformante del Espíritu Santo, como el gran instrumento que transforma a la comunidad celebrante en Cuerpo místico de Cristo.

La comunión del Pan único y partido, significa y realiza la unidad de los bautizados con Cristo y entre sí: «participando del sacrificio eucarístico, fuente y cumbre de toda la vida cristiana, los bautizados ofrecen a Dios la Víctima divina y se ofrecen a sí mismos juntamente con ella...

Más aún, confortados con el Cuerpo de Cristo en la sagrada liturgia eucarística, muestran de un modo concreto la unidad del Pueblo de Dios, significada con propiedad y maravillosamente realizada por este augustísimo sacramento» (LG 11).

De esta forma, «por medio del Cuerpo y de la Sangre del Señor, queda unida toda la fraternidad» (LG 26). Y es que la gracia específica, el efecto peculiar de la Eucaristía, es precisamente la gracia de la unidad eclesial: una gracia por la que no solamente nos unimos a Cristo, cabeza de la Iglesia, sino también a los miembros de su Cuerpo.

Si tenemos presente que la Eucaristía, signo y cumbre de la unidad eclesial, nos compromete a realizar en la vida lo que celebramos en el culto, es fácil descubrir que la participación del Cuerpo y de la Sangre de Cristo nos compromete a llegar a ser aquellos que hemos celebrado y recibido, es decir, Cuerpo de Cristo.

Se explica, por todo lo dicho, que el Concilio Vaticano II afirme con toda fuerza que «ninguna comunidad cristiana se edifica si no tiene su raíz y quicio en la celebración de la santísima Eucaristía, por la que debe consiguientemente comenzarse toda educación en el espíritu de comunidad» (PO 6).

Preciso es añadir todavía, que para que esta celebración sea realmente sincera y plena, superando todo peligro de ritualismo y de quedarse en un puro gesto cultural, «debe conducir tanto a las varias obras de caridad y a la mutua ayuda, como a la acción misional y a las varias formas de testimonio cristiano» (ibíd.).

* Pero, a su vez, porque se sabe hecha y construida por la Eucaristía, la Iglesia celebra incansablemente la Eucaristía.

En la Eucaristía, en efecto, sitúa la comunidad eclesial su núcleo y su centro: la comunidad eclesial nunca es ni se siente más ella misma, nunca cobra mayor conciencia de sí, que cuando celebra la Eucaristía.

En ella encuentra esa comunidad la fuente y la culminación de toda su actividad pastoral, y en particular de la predicación evangélica (cf. SC 10. 48).

La comunidad eclesial hace Eucaristía:

- *Cuando trabaja seria y comprometidamente* por la unidad entre todos los hombres y particularmente entre los miembros de la Iglesia.

- *Cuando superando toda forma de egoísmo*, comparte generosamente lo que es y lo que tiene con el pobre, el necesitado, el marginado, el insignificante de la sociedad.

- *Cuando perdona incansablemente* hasta setenta veces siete, porque se sabe y se siente perdonada por el Padre.

- *Cuando se compromete a construir una paz que no es mera ausencia de guerra, que asegura el bien de las personas, que respeta sinceramente a los demás, que brota del apasionado ejercicio de la fraternidad, que, en definitiva, es fruto del amor.*

- *Cuando poco a poco, con una fidelidad siempre renovada, se va convirtiendo en aquello que celebra y recibe: el Cuerpo de Cristo.*

- *Cuando, a lo largo de la historia, repite constantemente el gesto de entrega y autodonación de Cristo (Pan que se sigue entregando y Sangre que se sigue derramando), haciendo de Él una memoria que no es principalmente cultural, sino, ante todo y sobre todo, existencial.*

Al intentar profundizar en esta realidad que es la Iglesia, hay que recordar, una vez más, que la comunidad de los seguidores de Jesús de Nazaret no es un simple dato sociológico,

Nuestra Iglesia es mucho más que todo eso. Nuestra Iglesia es, lo hemos dicho más arriba, ante todo y sobre todo, un Misterio. Ahora añadimos: un **misterio de comunión**.

Efectivamente, la comunión entre los hombres, sobre todo entre sus seguidores, fue la aspiración suprema de Cristo, el signo inequívoco de su mesianidad, la forma concreta de la salvación realizada por Dios en Cristo.

Jesús tuvo conciencia de que había venido a reunir lo que estaba perdido y disperso, formando un solo rebaño bajo un solo Pastor (cf. Jn 10,16).

Sus seguidores tuvieron igualmente conciencia de que Cristo había muerto «no sólo por la nación (judía), sino también para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Jn 11,52).

Y la comunión entre los suyos, fue objeto reiterado de la oración más honda y apasionada que conocemos entre las que brotaron de los labios del Maestro: «Te pido que todos sean uno.

Padre, lo mismo que tú estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos en nosotros: de este modo, el mundo podrá creer que tú me has enviado. Yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste a mí, de tal manera que puedan ser uno, como lo somos nosotros. Yo en ellos y tú en mí, para que lleguen a la unión perfecta, y el mundo pueda reconocer así, que tú me has enviado y que los amas a ellos como me amas a mí» (Jn 17,21-23).

Si nos preguntamos el porqué de esta «obsesión» de Cristo por la unidad, descubriremos que Cristo vino a desandar el camino seguido por los primeros hombres en su alejamiento de Dios.

Los hombres anduvieron un camino de autoafirmación idolátrica frente a Dios: un camino de alejamiento de Dios que nosotros llamamos pecado.

Y con el pecado y por el pecado, entraron los hombres por caminos de división, de dispersión, de disgregación.

Efectivamente, —dice el Vaticano II—, «al negarse con frecuencia a reconocer a Dios como su principio, rompe el hombre la debida subordinación a su fin último y también toda su ordenación tanto por lo que toca a su propia persona, como a las relaciones con los demás y con el resto de la creación» (GS 13).

Aparece así el pecado, como un poderoso principio de división del hombre: respecto a Dios, a sus semejantes, a la creación e incluso a sí mismo. Pecado es, así, sinónimo de división (cf. Rom 5,12-19; 6,12-14; 7,14-24; 8,19-22; Ef 2,12).

Pues bien, Cristo vino a salvar a los hombres.

En su última realidad, la Iglesia es, pues, una comunidad de personas que, al sentirse llamadas a una misma fe y a una misma esperanza en virtud de un mismo y único bautismo, establecen una relación creyente con Dios, Uno y Trino, y entre ellos como hijos de una misma familia encabezada por Cristo el Primogénito (cf. Rom 8,29; 1 Cor 15,49; Col 1,18).

Así es la comunidad cristiana nacida en Pentecostés: una comunidad vivificada por los elementos internos de cohesión, pero al mismo tiempo identificada e identificable por los signos externos en que expresaban sensiblemente esa comunión: «acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones...

»Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común. Acudían al Templo todos los días con perseverancia y con un mismo espíritu partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón. Alababan a Dios y gozaban de la simpatía de todo el pueblo. El Señor agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar» (Hch 2,42-47).

Cuando se habla, pues, de la Iglesia como comunión, se está hablando siempre del doble compromiso que incumbe a todos los miembros de la comunidad eclesial, a saber, «la incorporación de los cristianos a la vida de Cristo, y la circulación de una idéntica caridad entre todos los fieles en este y en el otro mundo» (Pablo VI).

Una doble unión, con Cristo y entre sí, que tiende de todas formas una íntima conexión de causalidad: «la comunión de los cristianos entre sí, nace de su comunión con Cristo» (Juan Pablo II). Y a su vez, la comunión de los cristianos con Cristo, tiene como modelo y obligado punto de referencia, la que es fuente y meta de la misma: la comunión del Hijo con el Padre en el don del Espíritu Santo (cf. Jn 17,21).

La comunión fraterna «es el reflejo maravilloso y la misteriosa participación en la vida íntima de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (Juan Pablo II).

Orar la Palabra

Lávanos hoy a nosotros también, Jesús

Porque no sabemos recibir favores con sencillez,
porque nos gusta más dar, para quedar por encima,
porque no nos damos cuenta hasta dónde tenemos que servir,
para que se nos grabe en el corazón tu forma de amar,
lávanos hoy a nosotros los pies, Señor.

Para que sepamos sentir la caricia,
para que aprendamos a tocar, cuidar y mimar,
para que tengamos tu sensibilidad y exquisitez de corazón,
para que nos inunde la misericordia,
lávanos hoy a nosotros los pies, Señor.

Para que no seamos cristianos sólo de ideas,
para que el amor sea nuestra forma concreta de vivir,
para que sintamos tu calidez profunda,
para que dejándonos hacer, nos llenemos de ti,
lávanos hoy a nosotros los pies, Señor.

Para que se nos purifique el cuerpo entero,
para agradecer a nuestros pies que nos traen y llevan,
para reconocer que sostienen el peso de todo nuestro cuerpo,
para dignificarlos con tu toque amoroso,
lávanos hoy los pies a nosotros, Señor.

Para que salgamos al mundo a mirar con ternura,
para que sepamos dignificar cada cuerpo cercano,
para reconocer que todos son personas habitadas por Ti,
para sentir que aceptas, amas y eliges, lo más cansado y dolorido,
lávanos hoy a nosotros los pies, Señor.

Porque mis pies me acercan a los otros,
porque sigo tus huellas y no quiero olvidar tus pisadas,
para seguir tu camino que me lleva al amor,
para danzar con todos el baile de la vida,
lárame hoy también mis pies, Señor.

VAMOS A EMPEZAR

Catequesis Familiar tiene posibilidad de ser interesante, continúa leyendo porque *vamos a empezar*. Ya sé que ésta es una frase fácil de escribir. Pero no quiero que pase desapercibida la riqueza de su contenido.

M^{ra} Asunción MATÓ

Hija de M^{ra} Auxiliadora.

Catequista.
Barcelona.

El análisis

Vamos: verbo, primera persona del plural, presente. Nos habla, pues, de una acción presente, actual: ni está realizada ya ni hay que dejar pasar el tiempo. Es el momento, por lo menos, de empezar.

↳ *Nosotros*: plural. La acción la realizamos *nosotros*, no la dejamos para los demás, ni siquiera para los más entendidos. Somos nosotros los que nos implicamos, los implicados.

La acción la realizamos entre muchos, es comunitaria, no admite individualismos. El sujeto es Dios, que en sí ya es comunitario y quiere contar con nuestra colaboración directa, concreta, actualizada en el hoy y en el aquí que nos toca vivir. A partir de aquí usaré, por tanto, el plural.

↳ *A*: preposición, relaciona las dos acciones de los verbos, indica hacia dónde se dirige la acción, hacia dónde "vamos".

No se trata de cualquier dirección, nos conviene saber hacia dónde dirigimos nuestro impulso.

↳ *Empezar*: verbo; nos habla de una acción que necesita de otras: iniciar, continuar, acabar,... Da a entender que lo que vamos a hacer no es tan sencillo, no es puntual sino que tiene varios momentos, todos ellos esenciales y lo que aquí nos ocupa es el inicio, al que damos una importancia especial porque de él depende mucho, por no decir todo, lo que vamos a realizar.

↳ Aclarado esto, sigo pensando y escribiendo para compartir con vosotros mi reflexión.

Para empezar hay que estar decididos y tomar una resolución. Y es bueno no comenzar solos, sino sumando fuerzas y personas.

Un camino

□ Os quiero sugerir algunos pasos a dar, sin ánimo de marcar el camino, sino con la intención de ayudaros a reflexionar desde vuestra realidad y marcar vuestro propio camino.

□ Tened en cuenta también que cualquier itinerario que proyectéis desde el inicio debe estar en continua revisión y, si queréis llegar a la meta, necesitaréis a menudo modificar el camino trazado de antemano.

Tal vez hará falta tomar atajos o hacer paradas para “tomar distancia” y cambiar, si es necesario, o reemprender el camino reduciendo o aumentando la velocidad para conseguir la máxima calidad de participación.

Los primeros pasos

- 1** Seguro que sois varios los que habláis a menudo de este tema, que estáis interesados en él. Podéis reunirlos para ponerlo sobre la mesa y confeccionar un *listado de las personas* que pueden responder a la invitación: “vamos a empezar”.
- 2** Tal vez será bueno *convocar* a todas las personas que forman parte de vuestra lista. A los que acudan, empezad por ofrecerles *motivos* fuertes para hacer un proceso de revisión y cambio.
- 3** Si no lo habéis hecho ya, *revisad la realidad* de la catequesis de vuestra comunidad desde la experiencia. Conviene que participen los responsables de la catequesis, los padres, los hijos y, por descontado, los catequistas.

- 4** No olvidéis *comunicar* vuestra revisión al Consejo Parroquial o al equipo de los responsables de otros sectores de la pastoral. El *diálogo* con personas que tienen diversos puntos de vista puede enriquecer mucho la reflexión.
- 5** Es fácil que lleguéis a detectar la *necesidad de cambio o renovación* y veáis en la Catequesis Familiar un posible camino.
- 6** Poneos *en contacto* con otras comunidades que ya tienen alguna experiencia en Catequesis Familiar.
- 7** Procurad tener claro qué *es lo esencial de la Catequesis Familiar* y qué cosas pueden ser distintas de acuerdo con las características y situaciones de cada realidad.
- 8** Cuando tengáis claros los motivos por los cuales "vale la pena intentarlo" (ver artícu-

lo de octubre), ponédlos por escrito, como un *documento* para no perderlo de vista y comprobad que todos estéis de acuerdo. Os ayudará a la hora de tomar algunas decisiones.

- 9** Algo muy importante. Tomad un termómetro para medir (de 0 a 10) vuestro grado de ilusión y de esperanza:

Solución:

- < de 0 - dejadlo para otros,
- de 0 a 5 - volved a empezar el proceso,
- de 6 a 8 - detectad los miedos y la forma de superarlos,
- de 9 a 10 - pasad al punto siguiente.

- 10** Haced un buen rato de *oración*, ponédlo todo en manos de Dios y disponéos a dejarle actuar.

Y después de la oración: ¡*En marcha!* ●

☐ Y después de la oración: *¡En marcha!*

Nunca tendrás todo tan atado que puedas descansar en el plan hecho. Lo imprevisto también pertenece a la vida.

Por el camino, como en la larga marcha del Éxodo, pueden pasar muchas cosas, cansancios, miradas hacia atrás, protestas, arrepentirse de lo comenzado... ¡Es lo normal del caminar humano!

Pero tener las cosas pensadas nos da cierta seguridad y nos tranquiliza porque hemos hecho lo que sabíamos y podíamos.

VUESTRO TURNO

✓ Os conviene emprender la marcha a partir del punto donde os encontráis. El camino hecho hasta ahora por vosotros o por otras personas tiene mucho que aportar y no hay que olvidarlo.

Todos los elementos positivos nos servirán de ayuda en el camino.

- ✓ Preguntaos: ¿Qué pasos hemos dado ya?
¿Cuáles nos faltan por andar? ¿Cuál elegimos como primero?...
- ✓ Ante el primer paso concretamos: ¿Quién?
¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Dónde? ¿Con qué medios?
¿...?, y cuantas preguntas os ayuden a clarificar.
Cuanto más claro tengamos el camino más fácil es andar y llegar a la meta.

ES CLAVE

Los buenos educadores hacen buenos los malos libros. Lo malos educadores hacen malos los buenos libros (Manjón).

FLASH

El libro que utilizas para la catequesis te da una seguridad, pero no te asegura el éxito de la catequesis que haces.

La elección de los materiales es un momento importante dentro de la catequesis que exige tener unos criterios claros: la realidad de los catequistas y su preparación teórica y pedagógica, la realidad de los destinatarios (su nivel de formación y vivencia religiosa).

La responsabilidad de seguir un material de catequesis no "anula" la creatividad del catequista. El catequista hace vivo y operante un material con su propia aportación y adaptaciones ...

SUGERENCIAS

Elaborar criterios concretos para seleccionar y adquirir los materiales de catequesis para las diversas edades.
Tener otros materiales para contrastar es enriquecedor.
Conocer bien los contenidos y la pedagogía de fondo da libertad al catequista para adaptar, para añadir y completar, para unir y relacionar temas, para buscar actividades y dinámicas de apoyo...

Aceptar con tranquilidad los límites y las ventajas del material: lo que gusta, lo que no gusta; lo fácil, lo difícil; lo que hace conectar al destinatario con el libro, lo que le desconecta; la perplejidad de si "tengo que ser fiel al texto o al grupo"... Es casi imposible un material a la medida de nuestras necesidades.

Partir de la convicción de que un material, por bueno que sea, necesita las manos de artista del catequista para adaptarlo a la realidad del grupo.

- ✓ Es de suma importancia acertar en el modo de empezar el camino.
- ✓ Conviene diseñar un itinerario, a partir de la realidad concreta de cada comunidad, y revisarlo a medida que se va poniendo en práctica.
- ✓ No podemos perder de vista que el primer "interesado en la tarea" es Dios y es Él mismo quien actúa contando con nuestro empeño.

DICEN...

DGC n. 220. *"La catequesis es una responsabilidad de toda la comunidad cristiana..."*.

DGC n. 279. *"La Iglesia particular, al tratar de organizar la acción catequética, debe partir del análisis de la situación./.../ Se trata de una toma de conciencia de la realidad, en relación a la catequesis y sus necesidades..."*.

DGC n. 280. *"...Es necesario, por tanto, que los operarios del Evangelio aprendan a descubrir las posibilidades abiertas a su acción en una situación nueva y diversa... Siempre es posible un proceso de transformación que permita abrir un camino de fe..."*.

DGC n. 281. *"Una vez examinada cuidadosamente la situación, es necesario proceder a la elaboración de un programa de acción..."*.

LA ESCUCHA EN EL GRUPO (1)

Jesús GOYENECHEA

Casado

Formador
de voluntarios. (Madrid).

Comienzo de curso

Estamos en el comienzo del curso, un buen momento para orientar nuestra tarea desde una nueva perspectiva, *la escucha*. El grupo está aún "verde"; quizá se reúne por primera vez. Es el momento ideal para desarrollar su dimensión humana. *El grupo servirá a sus miembros como espacio de crecimiento personal para poner en juego sus valores y su búsqueda religiosa; también como lugar para compartir y crecer con las personas que lo forman.*

Objetivo: El grupo

□ Un grupo es un organismo vivo, compuesto por personas con diferentes sentimientos, motivaciones, experiencias y expectativas. El catequista, aunque con una función definida de cara al grupo, también es parte de él y tiene sus expectativas, temores y deseos sobre el grupo, sobre sí mismo y la tarea a realizar.

□ En un grupo cada persona tiene *un papel, una función*; la suma del esfuerzo de todos es lo que hace que el grupo funcione. Siempre hay *líderes*, personas que el grupo acepta como representativas de su sentir ya sea por su carácter o cualidades personales. Hay que respetarlo; forma parte de la sana vida de un grupo.

□ También hay *conflictos*. Los conflictos en sí mismos no son más que un síntoma de que el grupo está vivo. Lo malo no es que haya conflictos; es no saber cómo resolverlos, que no se permita expresarlos.

□ Lo que va a definir al grupo como tal, aquello que es común a todos sus participantes y les hace permanecer juntos es la tarea, el *objetivo* del grupo.

□ Este *objetivo común* debe ser puesto en palabras, definido. Es primordial llegar a acuerdos, consensuar para qué estamos aquí, qué queremos lograr, hacia dónde caminamos. Esto nos evitará escuchar frases como "yo creía que esto era otra cosa" o "no se me ha tenido en cuenta"...

EJERCICIOS

Con el grupo. Te propongo ahora unos sencillos ejercicios de observación para que comiences a "tomarle la medida" al grupo.

- * Ejercicio de presentación: "El ovillo". Con un ovillo de lana vamos a ayudar al grupo a presentarse. Coges el ovillo, dices tu nombre, algo que te defina y se lo lanzas a cualquier persona del grupo.

El siguiente debe hacer lo mismo y así hasta que todas las personas del grupo se hayan presentado. El ovillo formará una especie de "tela de araña" que tú explicarás al grupo: es un símbolo de las relaciones que se van a establecer dentro de él.

El grupo no será sólo un espacio de aprendizaje sino también un espacio de relación y conocimiento mutuo.

- * Durante el desarrollo del ejercicio, observa a los miembros del grupo haciendo especial hincapié en lo que te "choque": ¿Cuál ha sido su actitud corporal antes, durante y después del ejercicio? ¿Ha cambiado?
- * Observa las relaciones de los miembros del grupo entre ellos y con respecto a ti. ¿Has detectado la existencia de subgrupos? ¿Había algún líder claro? Es posible que, si no lo has hecho nunca, te resulte difícil tener tantas cosas en cuenta a la vez. No te preocupes. Anota lo que te haya resultado significativo y fíate de tu intuición; muchas cosas las registramos de modo no consciente. Con la práctica, serás capaz de hacerlo cada vez mejor.

Para el animador. Ahora realiza un pequeño autoanálisis de tus propias actitudes.

- ✱ Recuerda tu actitud corporal durante la sesión: la posición de tu cuerpo (cerrada o abierta, la posición de tus brazos), tu tono de voz, tu mirada (directamente al grupo y a cada persona o perdías la mirada...).
- ✱ Si sentiste alguna dificultad relacionada con tu actitud frente al grupo intenta conectar con tus sentimientos ante ello: ¿Te sentiste inseguro? Hay veces que intentar cosas nuevas nos provoca la sensación de "caminar sobre el aire".

Es posible que te sintieses incómodo por la actitud de algún miembro del grupo. Pregúntate qué fue lo que te hizo sentirte así. No te extrañes ni te preocupes si ves deficiencias. Lo importante es que caminas, y seguro que puedes hacerlo muy bien. Date tiempo.

Observando al grupo

┌ Pistas que nos ayudan a identificar y manejar nuestra observación de los miembros del grupo.

• **Actitudes corporales:** Son todas aquellas que tienen que ver con el cuerpo al comunicarse.

- *Posición del cuerpo:* el cuerpo hacia delante, suele indicar interés y atención; cuando nos "despatarramos" en la silla con el cuerpo hacia atrás, por el contrario, puede indicar desinterés, cansancio, estar en otra onda...
- *Posición de los brazos:* los brazos cruzados inducen a pensar en una actitud defensiva, otras veces es de escucha o espera...
- *La mirada:* hay que observar si la mirada es directa pero sin resultar incómoda o si es lo que se suele llamar una mirada esquiva. Quizás nos habla de las dificultades o problemas de la persona
- *Tono de la voz:* el tono de voz agradable, dulce... invita más a acoger, escuchar, guardar; por el contrario, un tono fuerte, golpea, distancia, cierra. El tono dice mucho de cómo nos sentimos. Observa la relación entre postura corporal y tono de voz.
- *Saber observar el cuerpo de otros (y ser conscientes de nuestro propio lenguaje corporal) requiere tiempo. No conviene precipitarse y sacar conclusiones apresuradas. La información siempre hay que contrastarla con un mayor conocimiento de la persona y sus circunstancias.*

¿Y cómo?

Álvaro GINEL

Profesor de Catequética.
(Madrid).

LOS MATERIALES

Los materiales son instrumentos

Hablamos de los *materiales* que el catequista tiene en las manos para hacer la catequesis ordinaria. Otros nombres utilizados corrientemente son: "las guías", "el libro de catequesis", "los catecismos"...

□ Los materiales son *instrumentos*. Un instrumento es algo que ayuda para la tarea que se pretende. Los materiales son un *medio* para conseguir algo. *Los materiales necesitan "el arte" del catequista.*

Si no fuera así, en vez de reunir a los catequizandos en grupos, bastaría con "darles el material" (el libro), que lo leyeran (estudiaran) por su cuenta y después podría haber una prueba o examen (o como lo queramos llamar).

De hecho, en la práctica, lo que se hace es todo lo contrario: *reuniones de grupo "sin prueba final"*. Es el catequista el que *usa* los materiales y los *hace usar* después de personalizarlos.

Los materiales ayudan

- └ La ayuda de los materiales consiste en:
 - *Proporcionan los temas de manera sistemática*, lo cual da la tranquilidad de que no se quedan cosas importantes sin tratar.
 - *Ofrecen una metodología*, señalan cómo hacer.
- └ 'Inventar' qué decir y cómo hacerlo no está siempre al alcance de todos los catequistas. Exige tiempo de preparación, experiencia y una formación amplia. Los materiales son una ayuda muy valiosa y no es posible decir, sin más, que "no valen para nada". Hay catequistas que quizás no saben apreciar bien la ayuda que suponen los materiales.

Los materiales tienen límites

- Están redactados por personas que no conocen el grupo concreto o los elaboraron para un grupo y situación muy distinta de la que vivimos. Por eso es normal escuchar a catequistas que se quejan de que "los materiales no valen para su grupo". Los límites vienen de los contenidos, o del lenguaje, o de los ejemplos que se ponen, o de las ilustraciones, o de las referencias culturales...
- Están redactados por personas concretas con una experiencia de Iglesia, con unas opciones pastorales muy precisas, con unas convicciones pedagógicas determinadas. Los materiales encierran un universo cultural, eclesial y pedagógico limitado: *el que los autores conocen*. Dígase lo mismo de los destinatarios.

La edad puede ser la misma, pero los contextos culturales y la vivencia de la fe de los destinatarios a lo mejor es muy dispar: ambiente rural, centro ciudad, periferia de gran ciudad, ambiente familiar religioso... Todos estos elementos hacen que los materiales tengan límites. Lo que va bien en un contexto, es imposible en otro.

Elegir los materiales

- ❑ La elección de materiales para la catequesis es *importante*. La analogía más cercana es la elección de libros de texto de una editorial o de otra, o la elección de un coche. Cada "marca" tiene características específicas.
- ❑ Tres referencias necesarias para *elegir materiales de catequesis*:
 - *Analizar los materiales*: lenguaje, metodología, ayuda que ofrecen al catequista, cosas que piden al catequista...
 - *Conocer la realidad de los catequistas que los van a utilizar*: su capacitación, preparación pedagógica...
 - *Valorar el nivel religioso de los destinatarios que los van a utilizar*: cultura religiosa, ambiente familiar contexto socioreligioso...

El buen catequista

- ❑ El buen catequista *utiliza* el material y lo *adapta* con libertad a su propia realidad y posibilidades pedagógicas, a la realidad del grupo, al espacio y tiempo en el que se desarrolla la reunión.

Otros materiales

- ❑ Los libros no son los únicos instrumentos que el catequista utiliza. En su mochila, el catequista tiene siempre a punto: tijeras, cinta adhesiva, rotuladores, hojas de papel, velas, fotos que va archivando de revistas... Cada persona conoce bien aquello que le va mejor y aquello a lo que suele recurrir para hacer más activa la sesión de catequesis. El catequista va recopilando estos "otros materiales" a lo largo de los días: "Esto me puede servir", "Esto es una buena idea para tal tema", "Esto me puede dar juego"...

ES CLAVE

- ▷ Los buenos educadores hacen buenos los malos libros. Lo malos educadores hacen malos los buenos libros (Manjón).

FLASH

- ▷ El libro que utilizas para la catequesis te da una seguridad, pero no te asegura el éxito de la catequesis que haces.
- ▷ La elección de los materiales es un momento importante dentro de la catequesis que exige tener unos criterios claros: la realidad de los catequistas y su preparación teórica y pedagógica, la realidad de los destinatarios (su nivel de formación y vivencia religiosa).
- ▷ La responsabilidad de seguir un material de catequesis no "anula" la creatividad del catequista. El catequista hace vivo y operante un material con su propia aportación y adaptaciones ...

SUGERENCIAS

- ▷ Elaborar criterios concretos para seleccionar y adquirir los materiales de catequesis para las diversas edades.
- ▷ Tener otros materiales para contrastar es enriquecedor.
- ▷ Conocer bien los contenidos y la pedagogía de fondo da libertad al catequista para adaptar, para añadir y completar, para unir y relacionar temas, para buscar actividades y dinámicas de apoyo...
- ▷ Aceptar con tranquilidad los límites y las ventajas del material: lo que gusta, lo que no gusta; lo fácil, lo difícil; lo que hace conectar al destinatario con el libro, lo que le desconecta; la perplejidad de si "tengo que ser fiel al texto o al grupo"... Es casi imposible un material a la medida de nuestras necesidades.
- ▷ Partir de la convicción de que un material, por bueno que sea, necesita las manos de artista del catequista para adaptarlo a la realidad del grupo.

A la luz de María, la peregrina en la fe

María, en efecto, al decir del Vaticano II, es «miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia, tipo y ejemplar acabadísimo de la misma en la fe y en la caridad, a quien la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo, venera como a Madre amantísima con afecto de piedad filial» (LG 53).

Las relaciones existentes entre María y la Iglesia son amplias y profundas. Por una parte, aparece María como una creyente más, compartiendo la condición de miembro de la comunidad eclesial con cada uno de los bautizados.

Por otra, se presenta como la personificación de lo que la comunidad eclesial, como tal, está llamada a ser, ya que, en ella, la Iglesia ha alcanzado la perfección (cf. LG 65), por ser el fruto más espléndido de la redención y una purísima imagen de lo que ella misma, la Iglesia entera, ansía y espera ser (cf. SC 103); y finalmente, gracias a su cooperación del todo singular a la obra de la redención de los hombres, se convirtió en la madre espiritual de los redimidos por Cristo (cf. LG 61).

La consideración de María en su estrecha relación con la comunidad eclesial no es reciente ni mucho menos: pertenece a la mejor tradición de la Iglesia.

En la época de los llamados «Padres de la Iglesia», en efecto (hasta el siglo IX prácticamente), todo lo referente a la persona y al misterio de María, se proyectó, sin nombrarla, sobre el misterio de la Iglesia.

Y así, se habló de la «Virgen Iglesia» en perfecto paralelismo con María.

Se habló de la «Madre Iglesia» recordando a aquella que es la Madre del Salvador.

Se habló de la Iglesia como de la «Madre Inmaculada», recordando lo que san Pablo dice a propósito de la Iglesia (cf. Ef 5,25-27; 2Cór 11,2; Col 1,22), y adelantándose a lo que, mucho más tarde (1854), enseñaría dogmáticamente la Iglesia de María en forma personal: su Inmaculada Concepción.

Se llegó a hablar incluso de «Iglesia Asunta», en momentos en que la Asunción de María era ya un argumento que comenzaba a interesar a los creyentes.

De esta forma, se ha podido afirmar que «lo que más tarde sería la mariología, se pensó en un principio como eclesiología» (J. Ratzinger).

Cuando el Concilio Vaticano II, no sin dificultades, hizo el esfuerzo de situar la figura de María no solamente a la luz del misterio de Cristo, sino también y muy particularmente a la luz del misterio de la Iglesia, no hizo otra cosa que volver a la mejor tradición eclesial, cuando María ocupaba ya en la comunidad creyente «el lugar más alto y a la vez más próximo a nosotros» (LG 54).

De esta forma, es decir, situándola en la doble coordenada del misterio de Cristo y de la Iglesia, la figura de María es colocada en su verdadera luz, superando el posible aislacionismo en que se presentaba frecuentemente, muy por encima y alejada de la comunidad eclesial, al tiempo que se estimula a la misma comunidad a copiar en sí, reproduciéndolas, las actitudes y comportamientos de aquella que ha sido llamada «claro espejo de la Santa Iglesia» (Alfonso X).

Por lo demás, cuando se presenta a María como «prototipo de la Iglesia», no se hace en un sentido estático o pasivo como el que copia desde fuera un modelo cualquiera. Se hace con un sentido profundamente dinámico y activo.

La palabra «typos», en efecto, «no se refiere exclusivamente a una imagen estática que hayamos de contemplar, un modelo que debemos admirar y conforme al cual debemos moldear nuestras vidas; sino que se refiere más bien a algo mucho más dinámico: a un poder salvador.

Pretende mostrarnos que María, como «tipo» de la Iglesia, se consagró personalmente a la tarea de ayudar a que se produzca en los demás miembros de la comunidad eclesial lo que ya había sido realizado «típicamente» por Cristo en la vida de ella» (E. Schillebeeckx).

Se trata, por consiguiente, no simplemente de copiar, sino de reproducir las actitudes y comportamientos fundamentales de María en la respuesta que dio a la obra de Dios en ella.

Más allá de las circunstancias socioculturales del tiempo y del ambiente en que se desarrolló la vida de María, encontramos en su persona unas actitudes y unos comportamientos que son perfectamente válidos para el bautizado de hoy, porque exceden los presupuestos culturales de un tiempo y de un espacio determinado.

María ha sido vista en la tradición de la Iglesia también como «figura profética» de la comunidad eclesial. Con ello se quiere decir que María va por delante de esta comunidad, realizando en sí misma, de forma personal, aquello a lo que la Iglesia toda entera aspira; aquello que la Iglesia, como tal comunidad creyente, «ansía y espera ser» (SC 103).

Y es que María es ciertamente imagen profética, signo de esperanza cierta para la comunidad eclesial. Pero lo es, en el seno de una Iglesia que es, toda ella, un Pueblo de profetas, que, por eso mismo, está destinado a ser, también él signo de esperanza y de salvación para todo el mundo.

Por consiguiente, no es María una imagen profética aislada, en medio de un pueblo no profético. Por el contrario, anticipa en su existencia concreta y objetiva, el destino al que todos los bautizados están llamados por Dios.

El prototipismo mariano, su configuración profética, con todo, no puede hacer olvidar que delante de María se está, ante todo, delante de una criatura perteneciente totalmente a la raza humana.

No estamos, por consiguiente, delante de un ser extraterrestre o semidivino. Su condición de criatura humana y, más concretamente, de mujer, tiene que ser seriamente ponderada para poder valorar tanto su cercanía a Dios, como su cercanía a la humanidad.

María es una mujer capaz de entablar un diálogo con Dios, y no sobre asuntos más o menos baladíes, sino sobre la obra de la redención de los hombres.

Una mujer que, lejos de ser víctima de una religiosidad alienante, «no dudó en proclamar que Dios es vengador de los humildes y de los oprimidos, y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo» (Pablo VI).

Una mujer realmente fuerte, frente a una vida sembrada de toda clase de dificultades y sufrimientos. Una mujer que, siendo madre, supo respetar —desde la fe—, las palabras y comportamientos del hijo sin entenderlos demasiado y desde luego sin acapararlo para sí.

En virtud de ese mismo prototipismo, no se puede olvidar que la razón última de ser de todo lo que María es y

representa en la historia de la salvación, es precisamente Cristo. Quitado Cristo del horizonte de María, ésta pierde todo su sentido y significatividad en la vida y en la historia del cristianismo.

Cristo es para María, como para cada uno de los bautizados, el único centro, el sentido último y definitivo de la humanidad (cf. Col 1,15-20; Rom 8,19-25), el Mediador único y exclusivo entre Dios y los hombres (cf. 1 Tim 2,5), la causa y la razón última de la salvación de todos los hombres, comenzando por la misma María, «el fruto más espléndido de la redención» (SC 103).

María sin Cristo no es absolutamente nada, pierde toda relevancia, de tal forma que «sólo en el misterio de Cristo, se aclara plenamente el misterio de María» (Juan Pablo II).

Pero en virtud de la seriedad con que Dios ha tomado la Encarnación de su Verbo, hay que decir que «María no sólo no es un episodio individual, teológicamente carente de interés en una biografía de Jesucristo, sino que en esta historia de la salvación, ella es, de manera explícita, una magnitud histórico-salvífica» (K. Rahner).

Se debe afirmar que María es nada sin Cristo. Pero se debe igualmente afirmar que Cristo, en la realidad de su persona y de su obra, no se explica sin María: el acontecimiento Cristo se dio no sin María.

Y eso no simplemente en el plano natural, como ocurre con todo hijo respecto de su madre, sino también en el plano de la historia de la salvación, a la que fue predestinada y asociada María, y en la que progresivamente fue cooperando activamente «con fe y obediencia libres» (LG 56).

De igual forma, el protagonismo mariano tiene una referencia esencial a la comunidad eclesial. María y la Iglesia no son realidades paralelas y mucho menos realidades contrapuestas o en competencia la una con la otra. Son,

por el contrario, realidades en mutua referencia, de tal manera que cuando la comunidad eclesial quiere saber cuáles son los proyectos y designios de Dios sobre ella, tiene que mirar a María para descubrirlos plenamente.

Y cuando esa misma comunidad desea conocer cuál es la respuesta que está llamada a dar a la obra de Dios en ella, tiene que mirar igualmente a María.

María aparece así como la expresión suprema de la acción salvadora de Dios sobre la Iglesia, y como el prototipo y modelo por excelencia, de la respuesta que la Iglesia tiene que dar al designio amoroso de Dios.

“VOY A MISA”

La misa es posible sólo porque nosotros, cada una de las personas participantes, decidimos salir de nuestra casa y nos dirigimos al lugar de encuentro. La misa comienza en casa. Comienza con la decisión personal de cada uno y cada una de nosotras: “Voy a misa”.

Los pasos que damos para encaminarnos de la casa al lugar de la celebración son el símbolo de tantos y tantos pasos que dimos durante la semana y ahora recogemos. Son los pasos de la caminata personal: ida al trabajo, andanzas dentro del hogar, en el campo, en la ciudad, encuentros significativos, avance en el conocimiento de nosotros mismos...

Son también los pasos de la caminata comunitaria y social: las reuniones, los trabajos en común, los avances en la lucha ciudadana, en la justicia y la paz...

Al entrar por la puerta, la realidad que cargamos en nuestro cuerpo, mente y corazón, entra con nosotros a la celebración. Pero es bueno poner atención a la “puerta”, al umbral. Por ella entramos en el recinto sagrado (aunque no haya una iglesia de ladrillos, sino un sencillito círculo debajo de un árbol o de un tejabán).

Al transponer esta frontera, este umbral, reconocemos que toda la realidad, toda nuestra vida, todo lo que existe y de alguna manera está presente en nosotros, tiene una dirección, tiene un punto de referencia, tiene un punto de llegada: DIOS.

Además, fue DIOS quien nos convocó, quien nos llamó. Nos hemos reunido en su nombre: “En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. La Santísima Trinidad nos acoge por medio del ministerio del equipo de acogida y por el presidente de la asamblea que dice: “La gracia de nuestro Señor Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con ustedes”.

Por él salimos de nuestras casas, dejamos nuestros quehaceres. Venimos a adorar, a alabar y agradecer. Venimos a oír su palabra y suplicar que se acaben nuestros problemas y que venga a nosotros su Reino.

Venimos a anunciar la muerte del Señor "hasta que él venga" y a proclamar su resurrección. Venimos a que él nos revista de la fuerza de lo alto y nos envíe en misión, de regreso a donde venimos: nuestra casa, nuestros lugares de convivencia, el trabajo, la vida en sociedad...

UN CUERPO COMUNITARIO

Aunque la misa dependa de la decisión de cada una y cada uno de nosotros, no es una acción individual y mucho menos individualista. Somos llamados a celebrar la misa y a constituir la asamblea litúrgica, a formar juntos un cuerpo comunitario que ora, adora, bendice, ofrece, canta... a una sola voz, con una sola alma, con un solo corazón.

Los ritos iniciales de la misa son el momento para crear y buscar juntos esta integración, en el Espíritu de Jesús. La asamblea se va estructurando como un cuerpo: procura actuar como un conjunto, donde cada persona asume su lugar y se sitúa correctamente frente a Dios y con relación a los demás.

Los diversos ministerios (presidencia, lectores, animadores, equipo de acogida, cantores, instrumentistas, acólitos...), están ahí para ayudar a la asamblea en esta tarea, para asegurar la participación de todos.

Todos sabemos el bien que hace, pero cómo nos cuesta escuchar a fondo a los demás, sentir con ellos, andar al mismo paso, unir nuestra voz a la de todos.

No es fácil, pero es bonito y hace bien juntar las voces para formar un conjunto, sin que nadie sobresalga, sin que nadie se atrase ni se adelante, sin que nadie se haga oír más que los demás.

Pero ¿para qué tanto esfuerzo? ¿Será únicamente por el placer de la belleza? ¿Para poder sentir el gusto de estar unidos durante el breve tiempo que dura la misa? Ciertamente no es sólo por eso. ¿Cuál pudiera ser la razón más profunda?

Al formar el cuerpo comunitario en la liturgia, ensayamos la difícil convivencia cotidiana en el hogar, en el trabajo, en el descanso, en la organización social... El cuerpo comunitario en la liturgia anticipa, diseña, simboliza, nos hace experimentar... lo que debe llegar a ser el cuerpo social, el cuerpo político, donde todos

los ciudadanos sin distinción buscan el bien común y el bien de cada uno de los conciudadanos, con la gracia de Dios. La asamblea litúrgica es signo, es sacramento de la unión de todo y de todos en Dios, unión ésta que orienta todo nuestro vivir.

La acogida fraterna, el respeto de cada persona, la palabra abierta a todos, el pan y vino compartidos entre todos..., todo es un signo muy fuerte de comunión y participación para quien vive en la soledad, en la exclusión...

¡Ah! ¡Si todas nuestras misas fuesen ese signo tan fuerte y sencillo al mismo tiempo! Mas, para que eso sea posible, necesitamos de un mínimo de vida comunitaria, que haga creíbles los signos sacramentales realizados en la liturgia. Sin vida comunitaria y misionera que la sustente, la misa pierde su verdadero sentido, pierde su fuerza.

UN CUERPO RESUCITADO

Para la mayoría de nosotros, la vida es difícil. Los problemas son muchos y muy grandes. Pero la fe, don de Dios, siempre nos reanima de nuevo.

A lo largo de la historia de las comunidades cristianas, la celebración del domingo, día del Señor, ha sido un momento determinante para esa resistencia en medio de las aflicciones de la vida y para la animación de nuestra fe.

En este día afirmamos, conmemoramos, celebramos la resurrección de Jesús, la victoria de la vida sobre la muerte.

Por eso nuestra misa dominical –cuando es bien entendida– tiene carácter festivo. Es un encuentro alegre y esperanzador que se vive sin ocultar los problemas de la vida. Es pascua. Pascua semanal. Nos hace ver todo lo vivido a la luz de la resurrección.

Nos hace reconocer dentro de los acontecimientos de la vida personal, comunitaria y social, la presencia dinámica y transformadora de Cristo resucitado y de su Espíritu. Y por eso cantamos y hasta danzamos, encendemos las velas, el cirio pascual y hasta incienso. Nos vestimos mejor y ponemos flores y follaje u otros adornos para dar un aire festivo al lugar de la celebración.

Aún más: con la aspersion del agua recordamos nuestro bautismo, por el cual fuimos incorporados en Cristo resucitado. ¡In-corporados! En él formamos un solo cuerpo, un cuerpo comunitario. Es cuerpo que resucita, alimentándose de la palabra, del pan y del vino que son para nosotros el Cuerpo y la Sangre de Cristo resucitado.

Cuando las gotas de agua caen en nuestro cuerpo, o al poner la mano en la pila bautismal, podemos decir: "Señor, tú nos renuevas, tú nos haces pasar de la muerte a la vida, nos transfiguras por dentro, transformas nuestro cuerpo, golpeado por la vida, en cuerpo resucitado por la fuerza de tu Espíritu".

La misma asamblea reunida para celebrar se convierte así en signo de resurrección para el mundo, para la sociedad. Alguien podría llegar a comentar: "¿Cómo es eso? Este pueblo sufre mucho, ¿cómo puede estar tan contento y hacer fiesta?"

ES CRISTO QUIEN HABLA

Después de la oración inicial del presidente, el lector se dirige al ambón y para hacer la lectura de un pasaje bíblico. Así se comienza la llamada "liturgia de la palabra". Oiremos un trozo del Antiguo Testamento, o durante el tiempo pascual, de los Hechos de los Apóstoles. Cantaremos un salmo.

Oiremos una parte de las cartas de alguno de los apóstoles: Pablo, Pedro o Santiago... Aclamaremos al Evangelio que será proclamado solemnemente. Las lecturas bíblicas serán comentadas y relacionadas con nuestra realidad. Haremos nuestra profesión de fe y nuestras preces comunitarias.

No se trata de una clase de Biblia. Los pasajes escogidos no nos interesan sólo como hechos pasados mucho tiempo atrás. Para nosotros, las lecturas escuchadas y meditadas en la asamblea reunida son la palabra viva y actual del Señor.

"Es Cristo que habla", dice el documento del Concilio Vaticano II sobre la Sagrada Liturgia (Art. 7). Es Cristo resucitado que se presenta en medio de sus discípulos y discípulos reunidos y tiene para ellos una palabra de vida, de orientación, de consuelo, de esperanza, de convocación..., en la realidad difícil y complicada en medio de la cual vivimos.

Él hace eso por medio de su Espíritu, presente en el pueblo reunido, por el ministerio de los lectores y de quien hace la homilía o coordina la participación de la palabra.

Sentados a los pies de Jesús, o de pie alrededor de él, abrimos los oídos y el corazón. Acogemos la buena palabra, la buena noticia. Dejamos que realice en nosotros su trabajo creador, renovador, que cure nuestras heridas, despierte nuestras aspiraciones, reanime nuestras fuerzas...

De nuevo, al escuchar la palabra de Jesús, los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los pobres se liberan y se alegran... Y por eso, después de las lecturas y de la proclamación del evangelio, afirmamos: "Palabra de Dios", "Palabra del Señor".

LA NOCHE EN QUE IBA A SER ENTREGADO...

Para que vivamos y comprendamos la misa, y especialmente la liturgia eucarística, es preciso volver, siempre y siempre de nuevo, a la última cena de Jesús, narrada en el Nuevo Testamento. ¿Qué hizo Jesús? ¿Por qué lo hizo? ¿Cómo entendieron esa cena las comunidades de los discípulos?

“La noche en que iba a ser entregado, Jesús tomó pan..., tomó el cáliz en sus manos...” Jesús celebró la cena en la noche en que iba a ser entregado..., noche marcada por la traición de Judas (“Uno de ustedes me entregará”). Pero Judas no era la figura principal en el conflicto.

Quienes querían acabar con la vida de Jesús eran las autoridades que se sentían incómodas con la propuesta y la manera de actuar de Jesús. Querían eliminar a Jesús a causa de lo que él decía y hacía.

Era un peligro para la nación. Su presencia y actuación reunían a los pobres y éstos comenzaron a creer que las cosas podían cambiar. Los cojos andaban, los ciegos veían, los sordos comenzaban a oír. Compartía su saber con los pobres. Respetaba y tomaba en cuenta a las mujeres y a los niños.

La propuesta de una convivencia basada en compartir el poder, el saber, los bienes (tierras, ganancias...), una convivencia basada en la solidaridad con los más débiles..., depende de un aprendizaje lento y difícil de todos nosotros. Y la misa, como la cena de Jesús, se sitúa en el centro de este aprendizaje, en medio del conflicto, en el centro de esta búsqueda que da esperanza a unos y miedo a otros.

Aislar la misa de esta realidad, hacer de ella una bella ceremonia llena de sentimentalismo religioso, es mutilar la propuesta de Jesús. Todas las veces que celebramos la eucaristía, alguien, en algún lugar del mundo, es entregado, sufre persecución a causa de su intento de construir un mundo justo y fraterno, un mundo donde haya lugar para todos.

CONSAGRACIÓN

Consagrar es lo mismo que santificar. Es hacer que alguna cosa o persona sea entregada al servicio de Dios y comience a tener parte en el modo de ser de Dios, como si se hubiera "contaminado" por la proximidad de Dios.

¿Qué cosa se consagra en la misa? La primera respuesta que nos viene a la mente es: el pan y el vino. Sin embargo, tenemos que recordar lo que el pan y el vino representan.

Representan la vida. Jesús, en la última cena, tomó en sus manos el pan y el cáliz con vino, para significar su vida entregada a Dios. Consagrado por la unción del Espíritu Santo, Jesús se consagra a sí mismo (así lo dice el evangelio de Juan).

Asume la santidad recibida y vive conforme a ella, de acuerdo con el Espíritu Santo que lo santificó. Por eso es llamado "el Santo de Dios".

Jesús fue consagrado por el Espíritu Santo para su misión como Mesías, para hacer que el Reino de Dios acontezca en medio de los pobres. ¿Y nosotros?

Como Jesús y unidos a él, fuimos consagrados, santificados; recibimos el Espíritu Santo y somos llamados a asumir esta consagración, continuando la misión mesiánica de Jesús, creciendo día a día en el amor y en la donación, para que con nuestra vida demos testimonio del amor de Dios que fue revelado en la vida, muerte y resurrección de Jesús.

En cada celebración eucarística hacemos memoria de la consagración que Jesús hizo de sí mismo al Padre y renovamos la consagración total de nuestras vidas a Dios. Y en este proceso de amor-donación, acontece con nosotros la misma transformación que aconteció con Jesús en su pascua: pasamos de la muerte a la vida.

Comer del pan y beber del cáliz que Cristo nos entrega significan que somos santificados, transformados, consagrados. Y todas las cosas que están representadas en el pan y en el vino (el trabajo de las fuerzas de la naturaleza, el trabajo humano, la historia...) también son santificadas.

Participan de la 'pascualización' iniciada con Jesucristo. Son consagradas, transformadas y santificadas por la fuerza del Espíritu del Resucitado, hasta que Dios sea todo en todos y la obra de Dios esté completa.

Por eso en la oración eucarística pedimos no sólo por la transformación del pan y del vino, sino de todas las personas participantes: que en Cristo se conviertan en un solo Cuerpo y un solo Espíritu.

Y recordamos que Jesús "envía el Espíritu Santo como primicia para los creyentes, a fin de santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo" (Oración eucarística IV).